

ASÍ LLEGAMOS A RUSIA

CRÓNICA DE UNA CLASIFICACIÓN SUFRIDA

FAROUK CABALLERO HERNÁNDEZ





FAROUK CABALLERO HERNÁNDEZ

Profesor y periodista colombiano. Licenciado en Español y Literatura de la Universidad Industrial de Santander (Colombia). En la Universidad de los Andes (Colombia) se tituló, primero, como Magíster en Literatura y, después, como Magíster en Periodismo. Posteriormente, se graduó como Doctor en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde investigó las voces silenciadas del último siglo de guerra en Colombia con el propósito de comprenderlas y amplificarlas. En la actualidad es profesor de tiempo completo del Departamento de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad del Norte en Barranquilla (Colombia). Como periodista, ve en las letras una respuesta cultural ante los problemas políticos, sociales e históricos. Escribe con una prosa ágil, pero crítica. Sus textos han aparecido en medios como *La Jornada* y *Marvin.com*, en México; y en *El Espectador* y *Vanguardia Liberal* en Colombia. Ha publicado diversos textos en revistas indexadas de América Latina. Es autor del libro *El tigre no es como lo pintan* (2014), con el cual ganó el Premio en la modalidad ensayo del Programa Departamental de Estímulos a la Creación Artística, y en 2015 obtuvo el Premio Luis Enrique Figueroa Rey por su crónica "El canguro de Santander".

Así llegamos a Rusia

Crónica de una clasificación sufrida

Así llegamos a Rusia

Crónica de una clasificación sufrida

FAROUK CABALLERO HERNÁNDEZ

Área metropolitana
de Barranquilla (COLOMBIA), 2018

 **UNIVERSIDAD
DEL NORTE**
Editorial

Caballero Hernández, Farouk.

Así llegamos a Rusia: crónica de una clasificación sufrida / Farouk Caballero Hernández; prólogo, Alfredo Sabbagh. – Barranquilla, Colombia: Editorial Universidad del Norte, 2018.

228 p. ; 24 cm.

ISBN 978-958-741-991-7 (impreso)

ISBN 978-958-741-992-4 (PDF)

1. Fútbol - Colombia. 2. Selección Colombia de Fútbol - Historia - 2015-2017. I. Sabbagh Fajardo, Alfredo, pról.

(796.334 C112) (CO-BIUNB)



Vigilada Mineducación

www.uninorte.edu.co

Km 5, vía a Puerto Colombia, A.A. 1569

Área metropolitana de Barranquilla (Colombia)

© Universidad del Norte, 2018

Farouk Caballero Hernández

Coordinación editorial

Zoila Sotomayor O.

Diseño y diagramación

Munir Kharfan de los Reyes

Corrección de textos

Hernando Sierra

Impreso y hecho en Colombia

Xpress Estudio Gráfico y Digital (Bogotá)

Printed and made in Colombia

© Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio reprográfico, fónico o informático, así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mi nono, Cristóbal Caballero Ardila, quien sufrió un preinfarto y casi se me adelanta al cielo de los hinchas por culpa de la mala puntería de Hamilton Ricard cuando vistió La Tricolor. A mi papá, Cristóbal Caballero Infante, quien un día ordinario no fuma, pero cuando juega la Selección Colombia puede acabar diez cigarrillos durante noventa minutos para calmar los nervios. Gracias por la crianza que me dieron con esmero y, sobre todo, por heredarme esta pasión del fútbol.

*Quise ayudar a que los fanáticos de la lectura perdieran
el miedo al fútbol, y que los fanáticos del fútbol
perdieran el miedo a los libros.*

EDUARDO GALEANO

CONTENIDO

Prólogo: El calentamiento	1
1. El arranque con Perú	7
2. Nos golearon los suplentes	13
3. ¡La revancha, cachay!.	19
4. La bestia negra, celeste y blanca	27
5. Jueves de resurrección	33
6. Contra el líder volvió el fútbol	41
7. Conmebolgate	49
8. La Copa América más atravesada de la historia	51
9. Los veintitrés colombianos nos enseñan geografía	57
10. En memoria de Andrés Escobar, el eterno 2	61
11. Asedio guaraní	63
12. Por revolver la nómina, nos revolcaron	67
13. Eliminamos a un Perú invicto.	71

14. Una masacre más para México	77
15. Cuando Colombia despertó, la Copa ya no estaba ahí.	79
16. El aburrimiento del tercero	83
17. La tercera no fue la vencida	87
18. La garra vikinga de Islandia	93
19. Paseo Vinotinto	99
20. Neymar nos tiene de hijos	105
21. Tres puntos a favor y una derrota histórica.	111
22. Un punto de oro.	119
23. Día de todos los muertos en memoria de Julio Grondona	129
24. Y nada que podemos con Chile, mi llave	133
25. La celeste y blanca más bestia negra que nunca . .	143
26. Chiripazo barranquillero.	151
27. La conquista del Atahualpa	159
28. Los últimos amistosos: España y Camerún	167
29. Venezuela: la piedra en el zapato	177
30. Brasil relajado nos puso a sufrir	187
31. El sufrimiento en primera persona	199
32. El pacto de Lima	215
33. Pa' Rusia sin escama	225

PRÓLOGO
EL CALENTAMIENTO

El fútbol es una hermosa metáfora de la vida que cada cuanto —y cada vez con más frecuencia— nos recuerda que la única certeza es lo impredecible. Atados a la voluntad de un balón que corre gracioso por un rectángulo gramado, el fútbol materializa lo que McLuhan predijo hace más de medio siglo con su “aldea global”. De hecho, pocos espectáculos son capaces de, literalmente, paralizar el aire como sucede con un clásico español, la final de la Champions o la final de la Copa del Mundo. Más allá de las banderas y los colores con que se identifique la pasión, los futboleros somos una hermandad entregada a una redonda felicidad. Bien lo dijo Eduardo Galeano cuando afirmó que todos llegamos al mundo gritando gol en medio de las piernas de nuestras madres.

Cierto es también que en este mundo hiperconectado y cortoplacista el fútbol se volvió una multinacional poderosa, con todos los oros y cobres que eso implica.

El negocio alrededor de su universalización derivó en cifras astronómicas por derechos deportivos de jugadores, comisiones a empresarios, contratos con patrocinadores, estadios con apellidos, transmisiones televisivas y cubrimientos exclusivos que han terminado por abrir una brecha enorme en el fútbol, principalmente en el de los clubes. Los grandes torneos mundiales, concentrados sobre todo en Europa Occidental, acaparan a los futbolistas más talentosos de todo el mundo, a quienes seguimos con sentimientos sinceros de hinchas transatlánticos unidos a través de una pantalla. No es gratuito que veamos niños con camisetas improvisadas de Messi que juegan en potreros en Asia, o que en Colombia aumentara el número de seguidores del Bayern Múnich una vez James arribó a suelo germano. Los hinchas son así. Somos así. Actores de reparto en una obra de teatro que vende mucho y vende bien.

Ahora bien, esa aldea global futbolera sufre una particular mutación cuando se trata de los seleccionados nacionales. Los colores de los equipos se acrisolan en los de la patria, y el temido u odiado ídolo del rival de patio se vuelve el admirado y venerado ídolo propio cuando viste la absoluta. Esas fronteras de comercio y afectos compartidos que el empresarial fútbol de clubes abrió quedan de nuevo delimitadas y cerradas al color albiceleste, *azzurro* o, como en el caso nuestro, amarillo. La Tricolor nos separa a la vez que nos une. Nos hace especiales y distintos, capaces por noventa minutos y un poco más de olvidar-

nos de los avatares diarios para caer hipnotizados y creer que podemos ser los mejores del mundo (y, como no, fue gol de Yepes). Los hinchas, por si quedaba alguna duda, somos así.

La historia deportiva de la Selección Colombia de mayores no ha estado precisamente tapizada por grandes o seguidas victorias. Luego de la participación en el Mundial de Chile en 1962, recordada por el épico empate ante la Unión Soviética y el gol olímpico de Marcos Coll, tuvieron que pasar veintiocho años para que bajo la dirección de Francisco Maturana, y luego de Hernán Darío Gómez, se volviera a la gran fiesta con aquella maravillosa generación de Valderrama, Redín, Iguarán, Rincón, Asprilla y compañía. Tres mundiales seguidos hoy se recuerdan con menos intensidad que antes, aunque lo de Andrés Escobar nos duela para siempre.

Después de un hiato de doce años en el que se sumó al exiguo palmarés el título de la Copa América 2001 —la cual estuvo a horas de no jugarse por el temor a que el conflicto interno de aquel entonces permeara el torneo—, a la Selección llegó el técnico argentino José Pekerman, quien con paciencia y sapiencia supo acomodar las piezas de una nueva y brillante generación de futbolistas colombianos, casi todos con recorrido en las ya mencionadas y mediáticas ligas de Europa. Su reto fue conducir la Selección de regreso al Mundial. Si París fue una fiesta para Hemingway, Brasil lo fue para James, Yepes, Ospina, Zapata, Cuadrado, Armero, Zúñiga, Sánchez, Guarán,

Teo, Ramos, Bacca, Jackson y Abel, entre otros. El quinto lugar, el mejor gol del torneo y el récord de Mondragón como jugador más longevo en disputar un partido oficial hicieron del de Brasil un mundial inolvidable.

Pero eso ya fue. El fútbol se conjuga en tiempo presente y no se gana con el partido de ayer. Las eliminatorias a Rusia 2018 se afrontaron en medio de un coctel de dudas y certezas muy a lo colombiano, en el que se pasaba de lo sublime a lo ridículo en apenas tres días. El inefable profesor Pékerman del Mundial de Brasil se encontró esta vez con cuarenta millones de asistentes técnicos que sabían más que él y le mandaban razones por redes sociales o gritándole al televisor, sin contar que los indiscutibles héroes de hace cuatro años se la pasaban en el banco, protagonizaban rabietas, cambiaban de equipo o jugaban poco. Fue necesario esperar hasta el último minuto en Lima para soltar el cinturón y respirar tranquilos. A Rusia se iba en avión y con asiento asegurado.

Farouk Caballero, periodista, docente e investigador, pero sobre todo futbolero, recoge en este libro el paso a paso del devenir en las canchas de la Selección camino a Rusia. Con un estilo descomplicado, franco, agradable para el lector y sin pretensiones intelectualoides —de esas que tanto abundan en ciertos medios—, el autor nos lleva de la mano por los encuentros que disputó La Tricolor durante los dos años que duraron las extenuantes, exigentes y dramáticas eliminatorias suramericanas. Desde la victoria inicial ante Perú en Barranquilla y el final con el empa-

te ante los mismos incas en Lima, el libro nos refresca los bipolares sentimientos que los resultados arrojaban sobre los hinchas. Es, en este sentido, similar a un diario de viaje: el viaje emocional al que lo arrastra a uno el sentimiento de patria vestido de guayos y pantalón corto.

A diferencia de otros textos —y es esto su mayor virtud—, *Así llegamos a Rusia* no pretende pontificar sobre apreciaciones o decisiones deportivas adobadas con terminología rebuscada. El buen hincha del balón se identificará fácil con la mirada de otro hincha como él, quien con rigor y buena pluma, le ayuda a refrescar lo que fueron unas eliminatorias de vértigo. Por eso, y luego de este calentamiento, la invitación es a leer y creer. Creer en el mundo sin fronteras del fútbol, creernos partes de un todo indisoluble amarillo, creer que lo imposible se hace posible en una cancha. El fútbol, al final, es un acto de fe.

ALFREDO SABBAGH

Barranquilla, enero de 2018.

EL ARRANQUE CON PERÚ

El Metropolitano, como siempre, estaba a reventar el 8 de octubre del 2015. El tiempo voló y la Selección Colombia inició su viaje a Rusia 2018. El rival era Perú; en ese momento ninguna selección sabía que, justamente, en la última fecha y dos años después, Perú y Colombia definirían el último tiquete y medio a Moscú, al menos en los boletos que proporciona esta zona del mundo.

La hora era la misma que hierve las piernas en Barranquilla: 3:30 p.m. Colombia salió a la cancha con la base del Mundial pasado. Repetían Ospina, Zapata, Arias, Sánchez, Guarín, Cuadrado, Teo y Bacca. La figura de Brasil 2014, el goleador de ese mundial, se perdió el arranque del viaje a Rusia por lesión. James sufrió un desgarró y el Real Madrid no lo prestó. Las tribunas esperaban una fiesta, prepararon todo para bailar el “Ras Tas Tas” con Perú, pero los incas vendieron carísima su derrota.

En los bancos el duelo era gaucho. Pékerman y Gareca conformaron dos selecciones muy competitivas y ordenadas. El que quisiera llevarse los primeros tres puntos

de las eliminatorias debía sudar, y sudar en Barranquilla es sufrir. La humedad hizo lo suyo y Perú mantenía el cero con orden; de vez en cuando metía miedo con el inmenso Paolo Guerrero, con El Conquistador Pizarro, con el escurridizo Cueva y con el rápido Carrillo. Gareca mandó cuatro hombres de ofensiva que mantenían a Colombia preocupada en defensa e impedían que los laterales se sumaran al ataque. Bueno, los laterales no, Fabra, porque Arias ataca una vez por año bisiesto.

Pasaron treinta y cinco minutos y de las gradas bajaba el desespero. Colombia no marcaba, pero tampoco jugaba bien. Arias metió un pelotazo largo por derecha y sin mucha dirección, Cuadrado fue a pelearlo con el defensa peruano Jair Céspedes, quien mandó el balón al tiro de esquina. El mismo Cuadrado tomó el balón (porque cuando James no está el de Necoclí es el encargado de cobrar), levantó las dos manos para indicar la jugada preparada; mientras tanto Zapata se acomodaba en el área peruana. Desde la derecha mandó el balón pasado y Zapata ganó en el medio del área. Su cabezazo salió muy débil, no llevaba ningún peligro. Sin embargo, el olfato goleador de Teo le permitió acomodarse mientras se disputaban el balón por los aires. Los peruanos atacaron el sitio al que iba el balón y se olvidaron del rebote. Teo hizo gala de su viveza en el área y, sigiloso, se acomodó al lado del segundo palo. Cuando recibió el balón estaba muy solo, pero cumplió con lo que tenía que hacer. De cabeza corrigió el rumbo y recontraafirmó la vieja máxima del fútbol: dos cabezazos en el área son gol.

Teo, incrédulo por su soledad y después de mandarla a guardar, miró al juez de línea que corría hacia al centro del campo. Fue la señal inequívoca de que el *crack* de La Chinita había iniciado el camino a Rusia 2018. Céspedes, el mismo que mandó el balón al tiro de esquina, se demoró en salir del primer palo. Su tardanza habilitó a Teo y Colombia ganaba 1-0. El delantero barranquillero recibió el abrazo de sus compañeros, bailó para la tribuna con su pasito cadencioso y puso a bailar a sus compañeros que le siguieron el ritmo con una sonrisa que sirvió para descargar la adrenalina en grupo.

Luego, todos fueron a sus puestos y Teo se quedó solo en la pista atlética. Ahí, hizo un gesto que puso a los lectores de labios a trabajar. Teo señalaba con sus índices la cancha. Unos dijeron que decía “Aquí es mi casa, gracias a Dios”. Otros: “Esta es la casa de Dios”. Sin embargo, no se requiere destreza para leer labios, pues el gesto de Teo con sus brazos tensionados y sus índices señalando a la cancha solo admitía una interpretación: gracias a Dios Barranquilla es su casa y la casa de la Selección.

UÑAS CON AJÍ AMARILLO

Colombia se fue al descanso victoriosa. Perú se fue frustrado, hizo un muy buen primer tiempo y llegó a las duchas perdiendo por una desatención en defensa. Para el segundo episodio Perú se tomó confianza. Parecía local: la exquisitez del fútbol peruano, que ha sido siempre similar al desorden de sus jugadores, se impuso.

Guerrero y Pizarro lideraban la arremetida. Colombia salió nerviosa y, apenas en el minuto cuarenta y nueve, Lobatón puso un pase filtrado a Carrillo, quien se metió al área colombiana por izquierda, aprovechó el hueco que siempre deja Fabra y enganchó a Jeison Murillo; el central le hizo la venia para dejarlo pasar y no cometerle penal. Carrillo acumuló a toda la defensa colombiana y encontró solo a Guerrero, quien se relamía a metro y medio del punto penal. Carrillo le sirvió el gol en bandeja de plata. Guerrero de primera sacó un derechazo que debía meterse al palo izquierdo de Ospina, quien inmóvil observó la trayectoria del balón.

Era gol. Debió ser gol, pero la brisa barranquillera (porque no hay otra explicación) hizo que el balón se estrellara en el vertical izquierdo, pasara por todo el arco de Ospina dando tumbos y amenazara con decretar el empate. Nos salvamos y en las tribunas la demanda de uñas incrementó. Los nervios no se calmaban de otra manera. Perú era local en Barranquilla, tanto que en el minuto cincuenta y tres el Conquistador Pizarro volvió a acumular colombianos al borde del área y le sirvió ahora el gol a Carrillo. El volante peruano no lo pensó, acomodó su cuerpo y con el borde interno de su pierna derecha quiso poner el balón, de nuevo, al palo izquierdo de Ospina.

Una vez más debió ser gol, pero esta vez Zapata invocó el espíritu de Mario Alberto Yepes y se mandó un cierre rasante que por esas injusticias del fútbol no suma como gol. El remate de Carrillo chocó con el pie derecho de Zapata, quien seguramente tuvo que pagarle derechos

de autor a Yepes, pues ese cierre deslizante se hizo marca registrada del eterno Mario.

Perú nos metió en un arco y en la tribuna se acabaron las uñas. El ají amarillo, uno de los grandes responsables de la delicia gastronómica inca, emanaba del campo de juego para comer uña por cortesía de la sazón del buen juego peruano. En el minuto setenta y cinco Pékerman sacó de la cancha a Teo. La ovación fue doble, porque el remplazante era Radamel Falcao García. El delantero samario volvió a una cita por eliminatorias después de clasificarnos a Brasil 2014 con sus nueve goles. Era el inicio del viaje en el que Falcao tenía su puesto fijo, porque el fútbol le debía un mundial al Tigre de Santa Marta.

La ovación por el regreso del Tigre se acabó rapidito, Perú estaba agrandado y el empate se caía de maduro. Ospina organizaba y sacaba lo que le llegaba. Pero una vez más la fortuna, la brisa, el Metro o lo que fuese, salvó a Colombia en el minuto ochenta y nueve. Cardona peleó un balón en la mitad de cancha con Lobatón. El colombiano ganó el salto, pero el cabezazo le quedó a Cueva de rebote. El habilidoso peruano bajó el balón de pecho, lo dejó picar una vez mientras Jordi Reina, quien remplazó a Pizarro, corría por la derecha que nunca marcó Fabra.

Allá le puso el balón Cueva y Jeison Murillo hizo lo que nunca puede hacer un último hombre: trastabillar. Reina quedó mano a mano con Ospina. El peruano hizo un muy buen control y el balón le quedó picando dentro del área. Por tercera vez debió ser gol, pero se asustó. Remató mordido y desviado. Nos salvamos. Perú continuó

con el ataque y para ese punto le daba igual perder 2-0, por eso mandó toda su artillería al área colombiana en el minuto noventa y cuatro, incluido su arquero Gallese.

Paolo Hurtado levantó el tiro de esquina, todo Perú esperaba el centro. Christian Ramos ganó en el primer palo y Fabra salvó en la línea. El balón volvió a quedar para Perú que ahora atacaba por tierra. Jeison Murillo, por fin, se paró firme al borde del área grande y cortó el juego peruano. El balón le quedó al pelao Fabián Castillo, él tocó rapidito con Cuadrado, este no guardó el balón para dejar pasar los últimos segundos, sino que tiró un cambio de ritmo bestial, dejó atrás a Lobatón —que no quiso hacerle falta— y armó el contrataque.

Cardona había corrido todo el partido y con el corazón en la mano metió el último pique por izquierda. Falcao hizo una diagonal del centro a la derecha para abrir espacios. Los peruanos se fueron con Radamel y le dejaron una autopista a Cardona. Cuadrado la vio. Se la puso clarita, adelante y con espacio. Cardona controló con izquierda y ante la salida de Gallese cacheteó el balón con el borde externo de su pie derecho. Cuando el balón tocó el pasto, ya se encontraba dentro del arco de Perú: 2-0.

Colombia inició su viaje a Rusia jugando mal, pero ganando. Cuando Perú la metió en un arco, cuando la mandó contra las cuerdas, sacó un contragolpe que valió el cierre del partido y los primeros tres puntos de este viaje sufrido.

NOS GOLEARON LOS SUPLENTES

Entre los lugares comunes del fútbol, los técnicos acostumbra a repetir aquel de “siempre es mejor corregir cuando se gana”. Sin embargo, en este caso no solo no se corrigió, sino que se empeoró. Colombia llegó al Centenario de Montevideo ilusionada con arañar al menos un punto y se llevó tres, pero tres pepinos en el arco. El 13 de octubre del 2015, los de Pékerman salieron goleados y con la certeza de que la buena relación con el balón se había terminado. Uruguay le cedió la pelota a Colombia y ningún jugador supo para qué era. Todo el partido se dedicaron a dar pases cortos y pases largos con el mismo rasgo en común: insulsos.

El fútbol desabrido de Colombia contrastó con la garrucha que, para colmo de males, fue absolutamente eficiente. Sin embargo, Dios es colombiano. Ni los bombarderos Cavani y Suárez, ni los corajudos Árevalo-Ríos y Cebolla Rodríguez jugaron. De lo contrario, nos hubiésemos comido, al menos, media decena.